

arte y riesgo de la paternidad

• ENRIQUE E. FABBRI S. J.

Como no sabemos hacernos niños frente a Dios, ya no sabemos ser padres...

(CARDENAL FELTIN).

Es un hecho comprobado por la experiencia y la reflexión de los especialistas —educadores, sicólogos, teólogos— que la paternidad se halla actualmente en estado de crisis. En amplias zonas de la población casada se comprueba una huida frente a la responsabilidad de ser padres. Las causas son muchas, pero se pueden reducir a dos. Una de origen voluntario, otra intelectual. La primera es la estructura hedonista y materialista de nuestra civilización actual: tentación que seduce al hombre contemporáneo y lo atrae a tomar una posición egoísta frente a la vida. Muchos matrimonios (sobre todo jóvenes y en las capas más cultas) conciben su unión como un derecho a divertirse, a “gastar bien” los años de su juventud matrimonial. Por eso adoptan con los hijos una actitud de no “comprometerse”. Los hijos no han de constituir un obstáculo, precisamente en los años jóvenes en que es posible divertirse y pasarla bien. La segunda es de orden intelectual, la incompetencia que por lo común poseen nuestros matrimonios actuales. Se llega al casamiento sin una educación apropiada que capacite para ser formadores de hombres en el hogar. Por eso inconscientemente se vive de espaldas al misterio de la paternidad.

Sin duda la educación de los hijos es, entre las artes, la más difícil. Se ha de trabajar en una materia viviente, consciente y libre: el niño. El es una persona humana que, bajo la recta conducción de los padres, se va actualizando y manifestando como tal frente a las circunstancias y acontecimientos que lo rodean. No pocos matrimonios creen soslayar su responsabilidad recurriendo ya a terceros que los sustituyan (abuelas, nodrizas, institutrices, servidumbre, maestros), ya a la aplicación mecánica de una serie de técnicas y métodos pedagógicos que leen a la ligera en libros y revistas de divulgación y que aplican sobre los hijos como puede aplicarse una determinada receta de cocina para obtener buenos postres. Pero en uno y otro caso se engañan. El niño para hacerse hombre no puede prescindir de un contacto frecuente y estimulante con sus propios padres, ni puede ser el excelente producto de fábrica logrado mediante una técnica minuciosamente aplicada.

Se impone una reflexión sobre el sentido de la paternidad. Mujer y varón, casados o por casarse, han de preguntarse —consultando a las distintas ciencias de la educación y a la Iglesia— cuál es la actitud que han de asimilar para edu-

car en la vida a un nuevo hombre: ese hijo, que nace hombre biológicamente, pero que necesita llegar a ser *humanamente* hombre, es decir aprender a vivir de acuerdo al sentido y fin de su existencia humana.

SENTIDO DE LA PATERNIDAD: SUS CARACTERÍSTICAS

¿Qué significa ser padres? Una persona —sea varón o mujer— no llega totalmente a su plenitud humana si no logra el *espíritu de paternidad*. Tal espíritu no es una obligación o responsabilidad exclusiva del varón. También la mujer —con una tonalidad femenina— ha de poseerlo. (1) La existencia del espíritu de paternidad se revela en los padres por tres características fundamentales.

La primera es la de poner un nuevo ser en la vida. Y nada menos que un ser humano. Los padres dan todo al hijo en el momento de entregarle el ser y la vida. De ahí la confianza total, instintiva, que los pequeños ponen en sus padres: para ellos éstos son su dios. Se fían, sobre todo en la primera infancia, completamente de ellos. Se comprende la gran dignidad aneja a la paternidad: es una participación en la misma obra creadora de Dios. Es la manifestación más plena del poder que tiene el hombre de cooperar con el Creador, ya que de la unión de los dos sexos complementarios se da verdaderamente un nuevo ser. No es extraño, pues, que la filosofía considere la

generación como uno de los actos fundamentales del ser humano.

El primer paso que se da en la educación de los hijos es el de su misma generación. Deben ser engendrados de una "manera humana". La unión física de sus padres debe darse en un marco de responsabilidad humana; no ha de ser un mero encuentro biológico regido por la irreflexión del placer. Esto pide de los cónyuges una educación previa al matrimonio, que no ha de detenerse el día de las bodas. En el noviazgo el hombre y la mujer, mediante el conocimiento y respeto mutuo mantenido en el ambiente de una intimidad dialogal, se preparan para engendrar "humanamente" a otros seres humanos. La generación es un verdadero misterio frente al cual los cónyuges han de aprender a admirarse para respetarla en sus leyes. Si el hijo es el fruto de un íntimo y respetuoso encuentro de dos cuerpos que se aman, se ha dado ya el primer paso y bien importante en el arte de la educación. El egoísmo en el acto de amor va esterilizando la capacidad de educar humanamente para la vida.

La segunda característica es la orientación de la paternidad a la búsqueda del bien verdadero y total de los hijos. Los padres son todo para el hijo. En este mutuo entregarse de los padres para el bien de los hijos, no sólo en el acto de la generación, sino también en toda su convivencia, estos van siendo ubicados en posiciones claves para lograr su recta maduración humana. La actitud que tomen frente al hijo facilita o dificulta el desarrollo armónico de éste: al hijo hay que hacerlo hombre desde lo más íntimo del corazón de los padres. El hijo aprende a ser humano y a vivir como tal, en la me-

(1) Ver *Instinto materno y espíritu maternal*, "Criterio", 34 (1961), 606-610 y *En la fragua del espíritu maternal*, "Criterio", 35 (1962), 49-51.

dida en que encuentre frente a sí a padres verdaderamente humanos. En el diálogo que la madre entabla con su niño, sembrado de cariño, bondad, lleno de ternura y delicadeza; en la serena y no menos tierna actitud constante del padre, que estimula con su trabajo, su ruda cordialidad y su ejemplo, se halla el reflejo de la intención —conciente o no, poco importa— de hacer de ese niño un hombre. La sonrisa de un recién nacido, como bien lo observó el viejo Virgilio, es el primer indicio de este estímulo paternal. (2)

El niño que carece de este ambiente paternal "generador", fracasa frecuentemente en la vida; le será difícil suplir con otra realidad esa carencia de sus primeros años. La sicología especializada

(2) *Incipe, parve puer, risu cognoscere matrem*" (Egl., 4, 60). Se dirá: la madre nada tiene que descubrir, el niño no tiene interioridad, está vacío. Se diría mejor: comienza a ser. Comienza a hacer eclosión en todo sentido, por su cuerpo y también por su espíritu. Sé lo que tu quieres, piensa la madre. Al comienzo, estimula todo. El niño esboza sin acabar, y la madre completa y acoge sus gestos. Más tarde, ella misma buscará el sentido en medio de la bruma de sus semipalabras. El niño existe porque ella lo mira. La madre dice su nombre a los otros, y se lo dice al mismo niño. Así lo introduce en el reino humano y lo consagra allí. Sólo un ser humano hace existir a otro ser humano. Ni sus juguetes, ni su cuna, ni su gato que lo araña, ni siquiera su cuerpo son suficientes para revelar al niño su existencia humana, para condensar en él la persona. Para existir necesita a su madre, imagen santa que refleja otra imagen santa. Y como en cambio, ¿qué pide ella? Ser reconocida a su vez: "Comienza, pequeño, a reconocer a tu madre por la risa". La risa puede interpretarse como la de la madre y como la del hijo. Los dos sentidos se atraen, y Virgilio en su égloga los ha piadosamente confundido. M. PONTET: *La bienveillance de pensée*, Christus, 27 (1960), p. 355.

en el tema de la infancia advierte el peligro que representa —y en la actualidad más que nunca— lo que llama la *abandonitis*, verdadera enfermedad síquica y moral que se apodera de los niños educados sin madre o alejados de ella. (3) Se sabe también, y con comprobación científica, que la primera infancia orienta, en gran parte, el destino de un hombre, y que la función de una madre atenta y amante en este momento es de una importancia capital. Spitz en Nueva York, Bawdley en Londres, Madame Rudinesco en París, han demostrado la imposibilidad de educar "en serie" a los hijos de los hombres. Falta lo que Ana Freud llama la vitamina del amor maternal: esa alimentación sentimental sin la cual el alma y el mismo cuerpo no pueden desarrollarse.

El niño sin padres carece de protección frente al mundo; la indiferencia, la inestabilidad de todo lo que le rodea le produce vértigo. No encuentra nada estable donde apoyarse, sobre todo en el orden afectivo, y así pierde pie y se abandona. La mortalidad, las enfermedades son relativamente mucho más elevadas entre los niños recogidos en los asilos; y si sobreviven, se muestran con frecuencia inadaptados al orden social. (4) Y de los hijos

(3) Ver J. ONIMUS: *Le procès de la mère dans le monde contemporain*, L'Anneau d'Or, 98 (1961), 118-131.

(4) El crecimiento físico e intelectual de los niños en sus primeros meses depende de que estén suficientemente nutridos con afecto. Los niños criados en un orfanato impoluto y aerodinámico, pero indiferentemente afectivo —en una palabra los niños criados sin cariño— se hallan más retrasados en el crecimiento de su coeficiente intelectual que los niños embebidos en esa atmósfera impalpable y densa, al mismo tiempo, que es el amor. JUAN JOSE LOPEZ IBOR: *Carta al Padre*, Madrid, 1962, p. 31.

de divorciados se puede afirmar algo semejante. Entre todos ellos se suelen reclutar los delincuentes y los anormales. Si para algunos la familia se asemeja a una prisión —y no se puede negar la existencia de padres egoístas, abusivos y desnaturalizados— para la gran mayoría de los hombres es el puerto desde donde se parte para la larga travesía de la vida y a donde se puede volver para retomar fuerzas y reconciliarse con el mundo.

¿Qué es un hogar sin los padres? Ellos son su armazón, su alma y su corazón; su presencia lo entibia y lo convierte en provincia del orden y de la dulzura. Padres atentos, respetuosos y delicados que busquen el verdadero bien de los hijos son absolutamente indispensables para que el niño llegue a ser hombre en su vida de adulto. Cuando claudican o se desinteresan de su responsabilidad, cuando dejan a los hijos abandonados a sí mismos o en manos de terceros, no harán sino cargar de lastre el corazón de ese futuro adulto. En sus padres ha de encontrar el hombre el despertar inicial de su propia dignidad humana. Si adoptan una actitud egoísta en sus relaciones íntimas y en sus relaciones con los demás, el hijo no podrá sustraerse a la maléfica influencia que eso supone.

La tercera característica de la paternidad es hacer al hijo a la imagen y semejanza de lo que exige la real condición del hombre y el plan de Dios. Darle al hijo una comunidad propia de su condición humana; hacer que sea realmente hombre estimulándolo con palabra y ejemplo a que se modele una personalidad sana y vigorosa. Cuando el refrán popular dice "de tal palo, tal astilla", enuncia una verdad más profunda

de lo que a simple vista aparece. El niño experimenta el impacto de los buenos y malos ejemplos, las buenas y malas actitudes que operan a su alrededor. La paternidad no es solamente una generación carnal; también es una vocación en los padres que los inclina a establecer una posición de unidad, de igualdad y de diálogo entre ellos mismos y los que engendraron. Una familia se realiza cuando todos miran en una misma dirección y plasman el futuro de cada uno de sus miembros en las relaciones interpersonales del presente.

Pero los padres no han de caer en el error, simulado disfraz de egoísmo, de buscar una prolongación de su propia imagen en los hijos. En un mundo sin pecado, el hijo sería objeto de las complacencias de su padre a la imagen de lo que es la vida en el misterio trinitario. Pero en un mundo pecador es necesario que el padre consiento en no experimentar a pleno esta satisfacción, a la que él aspira naturalmente. Y al ejemplo de Dios frente a los pecadores, ha de aprender a manifestar a su hijo la misericordia; y al mismo tiempo su mirada debe ser suficientemente lúcida para encontrar en él mismo, la imagen de Dios más o menos velada por las apariencias. Si no posee ni esta mirada ni esta misericordia, si cede a la dureza del orgullo, si sólo considera a su hijo como un espejo en donde escudriña aún los reflejos más ténues de sus propios rasgos, entonces destruye la verdadera imagen del hijo, cuya vocación personal es siempre *original*. El hijo nunca puede ser un apéndice de los padres. No hay peor desprecio del hijo que el pretender, consciente o inconscientemente, absorberlo en la personali-

dad paternal. Sólo el respeto a la originalidad de cada hijo deja abierto el camino de un logro personal en la vida del adulto.

LIMITACIONES DE LA PATERNIDAD HUMANA

No basta a un padre y a una madre haber engendrado hijos para poder comprobar realizada en plenitud su paternidad: ¡Cuántas resistencias delante de ellos! y ¡cuántas insuficiencias en ellos mismos! Es raro que los niños realicen los sueños que sobre ellos hacen sus padres, y si los llenan, se requiere un concurso excepcional de circunstancias e influencias, en que los padres tienen un amplio puesto, pero en que deben ser completados con fuerzas venidas de afuera. La educación mejor lograda es, sin duda, aquella en la que el niño debe la mayor parte a sus padres, pero es también aquella en la que absorbe al máximo las riquezas venidas de fuera, que su familia es incapaz de proporcionarle. No hay entre los hombres padre que merezca enteramente este nombre: "No llaméis a nadie de vosotros padre sobre la tierra; porque uno sólo es vuestro Padre, el celestial" (Mt., 23, 9). (5) De aquí no es extraño que las tres anteriores características de la paternidad humana se acompañen de una serie de limitaciones.

En primer lugar, la paternidad humana se realiza en el tiempo. No algo que comienza y acaba en un instante; vivir-la en él sería adormecerse en la ilusión. La educación de un hombre abarca un

lapso de existencia que comúnmente se adentra hasta la primera juventud (allí por los veinte años), aunque en la práctica el influjo de los progenitores siempre se mantiene. Por realizarse en el tiempo, necesariamente irá matizándose y transformándose a medida que el niño crece y se modifica. Muchos obstáculos no provendrán de la familia, sino del ambiente en el que ella tiene que vivir. Los padres están siempre frente a sus hijos en posición riesgosa: tienen que aceptar la posibilidad de que no todo salga en ellos de acuerdo a sus previsiones. Por un lado, los hijos no pueden ser aislados dentro de su propio hogar, sin por lo mismo poner en peligro su educación. Por el otro, se hace necesaria la colaboración de otros educadores para ir capacitando en los distintos planos de la vida a ese proyecto de hombre. Es la situación de riesgo propia de la convivencia con otros niños, otros jóvenes, otros educadores, que quizás no siempre comporten los mejores estímulos. Los padres han de aceptar y afrontar este riesgo, si quieren que sus hijos lleguen a ser hombres *humanos*.

Además, y esta limitación ha de ser aceptada humildemente por los padres, nunca el hijo puede ser plenamente transparente para ellos. Falta de transparencia que aumenta a medida que el niño se va adentrando en su propia vida. Ningún padre puede penetrar totalmente en la interioridad de su hijo. Así como ningún cónyuge puede interiorizarse totalmente de esa otra persona adulta con quien comparte la vida, tampoco puede introducirse del todo en esa personalidad de su hijo que se va plasmando. Siempre habrá en otro ser humano una

(5) En una próxima ocasión analizaremos el sentido trascendental de la paternidad.

franja de misterio... Nos pasa con nosotros mismos (¡Cuántas veces decidimos inexplicablemente las cosas!), ¡cuánto más con otras personas!

Esto dificulta evidentemente el diálogo con el hijo que se va haciendo opaco a medida que avanza en la pubertad, la adolescencia y la juventud. La desigualdad de las edades, de los intereses, la distancia de las generaciones, la distinta manera de encarar los problemas, más o menos semejantes en lo externo, hace que la comprensión entre padres e hijos no sea fácil de obtener. Ya sea por falta de los hijos, ya por la de sus padres, es un hecho que entre las dos partes las incomprensiones son frecuentes y dolorosas. Ni los padres se reconocen en sus hijos, ni éstos encuentran en sus padres el rostro maternal y paternal que ellos vislumbran sin poderlo describir. Decepción recíproca que madura los rencores de uno y otro y que impide a los padres ejercer su autoridad y a los niños de vivir como hijos. En un número innumerable de hogares estas murallas son hoy día tan compactas que los términos de padre e hijo sólo tienen un sentido despectivo, el de un encuentro fortuito e indiferente, si no fatal. Para que el niño se reconozca realmente como el hijo de sus padres, no basta que se sepa nacido de ellos, ni que participe de su existencia y viva bajo sus miradas, ni siquiera que se someta sin resistencia ni reservas a su autoridad; es necesario que sienta en el fondo de sí mismo que su fuerza, su deseo de vivir y su seguridad delante de los otros le vengan de sus padres, de su fuerza, su presencia y su amor.

Entre creaturas humanas, entre padre e hijo, por más profunda que sea una intimidad, esta misma comunión es siem-

pre necesariamente limitada; y sería para los padres una quimera monstruosa, una ilusión mortal quererla total y exclusiva.

Por último, la paternidad en el ser humano se desdobra: los padres son dos. Esto trae consigo el peligro de una división: la unidad inicial de los cónyuges ha de ser renovada constantemente mediante la mútua comprensión y el diálogo. Y sin embargo esta comunicación, precisamente por la intimidad en que viven, se hace difícil. Al correr de los años se puede agrandar en los esposos la amenaza de una convivencia puramente externa. El corazón tiende a cansarse en lugar de dilatarse en el amor. La colaboración activa e incesante de ambos frente a hijos que crecen y cercenan su independencia, puede hacerse pesada y fastidiosa. Los nervios se cansan y va serpenteando la insidiosa tentación de no ventilar en común los problemas e inquietudes de los hijos. Y la monotonía y el desgaste de la vida diaria puede llegar a sumir a ambos en un infecundo silencio que les haga olvidar el arte de dialogar. Y hasta tal punto..., que cuando sea absolutamente imprescindible hablar a sus hijos y lo deseen, ya no sepan como hacerlo y qué fórmulas utilizar. Marido y mujer no siempre saben unir sus fuerzas para llevar a feliz meta su misión, tan a menudo difícil y a veces ingrata, de educadores. Para esto la pareja humana necesita un gran repuesto de generosidad.

SUPERACION DE LAS LIMITACIONES

¿Cómo afrontar esa triple limitación con que tropieza toda unión conyugal para educar bien a sus hijos? En primer lu-

gar, viviendo plena y totalmente la vocación al matrimonio, esforzándose por ser entre sí cónyuges amantes y comprensivos. Si los esposos en su vida íntima —esa vida de la cual los hijos no pueden ser testigos— no viven como hombre y mujer plenamente logrados, psicológicamente adultos, no podrán cumplir su misión paternal. Tienen que procurar mantener entre sí una unidad y armonía consciente y libre, no sólo por el bien personal de ambos, sino por el bien de los hijos. El esfuerzo por lograrla a lo largo de toda la vida, por vivir amorosamente unidos, fieles al significado profundo de la unión conyugal, irá educando a los hijos como por rebote. La unión viviente del espíritu viviente de ambos cónyuges promueve mucho más rica y vitalmente a los hijos en su dignidad de personas que todos los textos de pedagogía infantil.

El primer efecto de esta íntima unión es la presencia en el hogar de una *atmósfera cordial*. Aire puro, limpio, estimulante de un verdadero hogar. Si en cambio el aire que se respira es espeso y cargado de bacterias, producto del egoísmo y la discordia conyugal, es muy difícil que el niño crezca vigorosamente humano. Esta atmósfera cordial y estimulante se logra mediante el diálogo entre los miembros de la familia. Conversación no sólo manifestada en las palabras, sino con todos los gestos que puedan vivificar al ser humano frente al ser amado y crear una verdadera intimidad. Valor del ejemplo mudo, del simple contacto, de la presencia cordial. La mejor educación es *atmosférica*.

La intimidad es la posibilidad de manifestar uno tal cual es a otro, para que el otro lo ayude a ser mejor. Los hijos,

desde niños (y sobre todo por serlo), son profundamente sensibles a un ambiente de intimidad o de discordia. Lo respiran sin darse cuenta y viven saboreando la intimidad de sus padres, o resintiéndolo sus desaveniencias, que les permite acercarse a ellos con confianza y sin inhibiciones, o retraerse con miedo, parcialidad o disgusto. Si los adolescentes nunca han visto un gesto de afecto entre sus padres, si no son testigos de una mutua actitud cordial —un beso o un abrazo, la palabra delicada, la serenidad y la paz que brotan de la confianza y la espontaneidad—, huirán hacia otros ambientes en busca de ese medio favorable del que carecen, o caerán en el mismo egoísmo asfixiante y destructivo de los padres.

Los hijos debieran hallarse en el hogar de la misma manera cómoda y natural con que el recién nacido descansa en el seno de la madre. Por lo general el nuevo ser se siente allí seguro y tranquilo. Ahora bien, si el seno maternal se cierra biológicamente con el nacimiento del niño, no se cierra psicológicamente: es el corazón del hogar y ha de mantenerse acogedor toda la vida. La misma naturaleza ha hecho de la maternidad en el ser humano un acontecimiento especificante espiritual, acortando el crecimiento embrionario en el seno materno, para dejarlo completamente en el exterior, de tal manera que los elementos decisivos en la formación del hombre no se reducen a un contacto carnal; incluye igualmente un lazo síquico y una atmósfera espiritual.

Los hijos dependen de los padres no sólo en las necesidades físicas, sino también, lo que es aún más importante, en la *seguridad emocional*. Los padres han

de mostrar a sus hijos que poseen sus emociones disciplinadas y templadas. Tienen que aparecérselos vigorosos, amantes, cariñosos, sincera y espontáneamente unidos. Sólo así los niños adquirirán una sana imagen de sí mismos e irán realmente armados al encuentro con la vida extrafamiliar.

Dice Schneider: *El fracaso de los hijos pueden fundarse también —fuera de los casos especiales que exigen un peritaje de sicología analítica— en que el niño experimenta en su ambiente muy poco cariño, muy poca protección, regularidad, seguridad; y como necesita de todas estas cosas para su feliz desarrollo y evolución, al verse privado de ellas se venga, como quien dice, por medio de sus defectos. Entonces, lo más elemental para conseguir la enmienda es que los padres cambien de manera de proceder, ofrezcan al hijo más cariño y calor de hogar, pongan más orden en la vida de familia y más regularidad.* (6)

El niño, durante toda la época que pasa con los padres, tiene que impregnarse de este aire. Más que el efecto de actos aislados, obra en los hijos de manera más profunda y universal el conjunto de la atmósfera cordial del hogar. Los niños van adquiriendo las inclinaciones, las preocupaciones, las maneras de hablar de los padres. El hombre se caracteriza por la manera como ama. Al dicho popular antiguo "dime con quién andas y te diré quién eres" se le podría dar, y con ganancia, una nueva enunciación, "dime cómo me amas y te diré quién eres". Si se ama humanamente en presencia y ausencia de los hijos, estos van educándose

insensiblemente. Una existencia sencilla, generosa, pura, que se entrega al bien de los demás, irradia más virtud educadora que todas las enseñanzas y libros que se puedan dar a leer y que todos los preceptos que se puedan aplicar.

Que sirva esto de aliento a los padres de familia numerosa. Defiendan, sobre todo, la intimidad y cordialidad del ambiente hogareño y no tendrán que deplorar el no tener tiempo para estar al tanto de los nuevos adelantos de las ciencias de la educación. Como dice Pío XII:

La sicología y la pedagogía modernas ponen fuertemente en evidencia la importancia de la educación recibida en los años de la infancia; lo que entonces forma al niño no es una enseñanza oral más o menos sistemática, sino sobre todo el aire del hogar, la presencia y la conducta de los padres, de los hermanos y hermanas, de la vecindad, el curso de la vida diaria con todo lo que el niño ve, entiende y lo impresiona. Cada uno de estos elementos, tal vez mínimo en sí, y aparentemente sin ningún relieve, deja, sin embargo, una huella en él, y poco a poco determina las actitudes fundamentales que adoptará en la vida: confianza en las personas que le rodean, franqueza, docilidad, espíritu emprendedor y disciplinado, respeto a la autoridad; o, por el contrario, individualismo egoísta, insubordinación, rebelión. La acción suave, pero constante, de una familia sana, concorde y bien constituida, regula los instintos naturales, los dirige en un sentido bien determinado, los coordina y forja así naturalezas armónicas, plenamente desarrolladas, individual y socialmente. El desequilibrio familiar, en cambio, repercute sobre los niños y hace de ellos seres

(6) *Tus hijos y tú*. Barcelona, 1961, página 11.

inestables, víctimas de luchas y sobresaltos íntimos y los vuelve incapaces de establecer un acuerdo profundo entre sus tendencias innatas y el ideal moral. (7)

La paternidad humana es, al fin de cuentas, una educación de sí mismos. El que ha llegado a ser padre, sabe educar

(7) Radiomensaje en la Jornada de la madre y del niño, 6, I, 1957, Enseñ. Pontif., III, Nº 792. La delicadeza o la vulgaridad de sentimientos sólo se adquiere allí: sin coacción, sin lecciones, en la intimidad de la vida de cada día. Allí, dominan determinadas preocupaciones, otras están ausentes; hay cosas de que se habla, de las que se interesan en común todos; hay otras que no sólo se prohíben o reprueban, sino se las desprecia o se las ignora, y de tal manera que ni siquiera se hace presente la idea de desearlas. Así, de golpe y como por instinto, uno se en-

a los demás. La educación es una obra principalmente de amor; es la prolongación en el tiempo de la generación y los hijos son engendrados en el amor. La educación será también fruto de este amor. El amor es lo que mueve a buscar el bien del prójimo. Y para los padres, quienes están más cerca suyo son sus hijos. ♦

cuentra colocado en un nivel moral más alto o más bajo, se aprende o no a pensar y querer noblemente; se crean o no generosas emulaciones. Y para que esta atmósfera sea elevada y pura, no hay necesidad de una ceñuda autoridad ni de rigorismo o blandura; basta mantenerse siempre amable y sonriente. M. PARODI: *Les bases psychologiques de la vie morale*, p. 131, citado por G. MADINIER: *Nature et mystère de la famille*, Bélgica, 1967, p. 121, que ha servido de principal inspirador de este artículo.

* * *

la política familiar soviética y sus consecuencias

• SILVIN EILETZ, S. J.

TODOS los cambios sobrevenidos en el transcurso de la historia en el matrimonio y en la forma de la familia, son explicados por el marxismo como efecto de cambios en el régimen económico-social, por el carácter de las relaciones sociales en general.

Aunque dentro del cuadro del materialismo histórico, la aparición de la mo-

nogamia significa un progreso, sin embargo aquella familia monógama, basada en la propiedad privada, no representa la forma superior del matrimonio.

Marx y Engels escriben en "El origen de la familia" que "el primer antagonismo de clases que apareció en la historia coincide con el desarrollo del antagonismo entre el hombre y la mujer en la